

UN POCO DE HISTORIA

En el pasado, los fenómenos meteorológicos insólitos y las apariciones en el cielo de cometas u otros cuerpos celestes desacostumbrados se interpretaban en clave mágica. Así, al menos desde el Mundo Clásico, tales acontecimientos extraordinarios se pensaban que eran augurios o advertencias de los Dioses para que los humanos cumplieren sus designios. El primer registro histórico de tales meteoros data del año 687 a.C. cuando entre la documentación imperial china de la dinastía Zhōu se recoge que *“en medio de la noche cayeron estrellas como lluvia”*. No olvidemos que, según la tradición cristiana, una estrella señaló a los Reyes Magos el Portal de Belén donde nació el Mesías y que la Kaaba es un meteorito sacralizado por los musulmanes en La Meca.

En este contexto, crónicas medievales e incluso libros de caballerías están trufados de huracanes, grandes tormentas, bolas de fuego, centellas en mitad del día, avisos celestiales, monstruos y portentos que demuestran la fascinación de nuestros antepasados por el prodigio. En el Barroco, incluso se aprovechó la teatralidad y efectismo de tales fenómenos naturales para incorporarlos a la escena; en tanto que las *cámaras de maravillas* (antecedentes remotos de los actuales museos) se pueblan de meteoritos u otras extravagancias de la naturaleza (animales deformes o exóticos, fósiles, minerales raros), con el único fin de asombrar al espectador.

Lejos de atajarse tales creencias e interpretaciones supersticiosas, durante el Siglo de la Ilustración, mientras algunos eruditos pretendían desentrañar sus secretos desde la óptica científica, la mayoría del pueblo sigue creyendo que tales acontecimientos insólitos pronostican grandes cambios o avisan de desastres inminentes.

A lo largo del siglo XVIII, en España se documentan esporádicamente extrañas señales en el Cielo. En 1730, el clérigo y doctor Juan Francisco de Ayala Manrique, dibuja en su diario unas insólitas estrellas que se vieron sobre la iglesia de Nuestra Señora de Atocha (Madrid) en mitad del día [BNE. mss. 18447, sf.]. Otro correligionario suyo, un monje bernardo de Santa María de Fitero (Navarra) aficionado a la astronomía, avista un meteorito la tarde-noche del 21 de mayo de 1788 y lo publica nada menos que en la Gaceta de Madrid de 14 de julio 1788, para pasmo de sus lectores. Además, cientos de pliegos de cordel y relaciones de sucesos, populares en toda Europa, se hicieron eco de tales acontecimientos entre los siglos XVI al XIX.

Curiosamente, poco tiempo después del avistamiento de La Calahorra, la comitiva del marqués de los Vélez describe un fenómeno no menos extravagante, cuando giraba visita a su Estado señorial, por tierras murcianas. Una feliz coincidencia que es recogida del siguiente modo por quienes la han historiado, ya en tiempos presentes, los profesores Julián Pablo Díaz López y José Domingo Lentisco Puche:

“Desde los primeros días de enero de 1770 el invierno se dejó sentir con toda su crudeza. Aire frío que dejó paso, a partir del día 8, cuando se trasladaban de Monóvar a Yecla, a unas nevadas tan fuertes que se perdieron en la nieve y tuvieron que refugiarse en el primer cortijo que encontraron. Allí tuvieron que permanecer varios días casi incomunicados. Una vez que consiguieron llegar hasta Yecla, de nuevo las heladas persistentes les obligaron a retrasar el viaje hasta el día 18 de enero.

Después de estos percances y reanudada la marcha, el diarista nos relata un fenómeno meteorológico extrañísimo que tuvo lugar en los atardeceres de los días 18 y 19 de enero, yendo de Yecla a Montealegre y desde aquí a Venta de la Higuera. Según el autor del diario, la más espectacular fue la primera, puesto que “a poco más de anochecer, se reparó al norte una mancha muy extendida encarnada, formando en su centro como unas columnas o loma copuda de tierra labrada, lo que causó extrañeza a todos y se avisó a Su Excelencia. Se observó que algo después quedó sola una mancha sin aquellas ráfagas y que se iba disipando, pero luego volvió a encenderse y extender la mancha y formó, como antes, las ráfagas encendidas con otras muy claras y hermosas. Cuasi disipado todo, volvió a hacer otra mutación en una grandísima y azulada luz agradable a la vista y, encima, la mancha de color de llama extendida. Se fue disipando o retirándose hacia el poniente y, ya casi desaparecido, volvió a descubrirse la gran mancha encendida que, al retirarse a dormir, cuasi se había disipado”¹.

Tales fenómenos no puede atribuirse sin más a la alucinación colectiva de unos campesinos ignorantes. Y, desde luego, su noticia trascendió a los lugares donde supuestamente acontecieron, como demuestra que al menos una copia manuscrita del inexplicable cuerpo celeste en forma de botella aplastada, viajera y humeante, vista cerca de Sierra Nevada, se hiciese llegar a la Corte. Su destinatario seguramente fuese el señor del lugar, Pedro Alcántara de Toledo y Silva (1729-1790), futuro duque de Infantado y marqués de Cenete; hombre de su tiempo, se interesó por la Química y la Historia Natural, demostrando su interés por los denominados *caprichos* de la naturaleza. Este curioso manuscrito fue legado a la Casa de Osuna a su muerte, cuando se incorporan sus títulos al linaje de los Téllez Girón. El último meteorito que cayó en España se localizó en el término de Reliegos (León), el 28 de diciembre de 1947.

¹ El señor en sus Estados. Diario del viaje de D. Antonio Álvarez de Toledo, X marqués de los Vélez, a sus posesiones de los Reinos de Granada y Murcia (octubre 1769 – enero 1770), Vélez Rubio (Almería), 2006, pp. 16-17.